

## La región Centroamericana en el concierto internacional

Ángel Pérez González

*Escenario privilegiado de la Guerra Fría, la región centroamericana se evaporó de los medios de comunicación tras el fin del Bloque del Este y la firma posterior de acuerdos de paz en Honduras, El Salvador y Nicaragua que ponían fin a sus respectivos conflictos civiles. Los nuevos regímenes, formalmente democráticos, han tenido un desarrollo desigual y, en todo caso, han lastrado tanto las deficiencias heredadas del período de guerra, como las derivadas de la escasa credibilidad, y capacidad en general, de los nuevos dirigentes.*

Centroamérica no es una región homogénea. Mención especial merece, por supuesto, Costa Rica, islote de tranquilidad en una región convulsa, pero siempre temeroso de verse arrastrado por la permanente crisis regional. Lo mismo ocurre con Panamá, también estable tras la intervención de EE UU para desplazar del poder a Noriega, por fin administrador del canal que lleva su nombre. Belice, por su parte, no suele incluirse en los análisis de la zona por su condición de excolonia británica, que goza de un sistema político estable, pero no puede evitar verse influido por las dinámicas locales. Se trata de un Estado en proceso de mutación, la mitad de su población es

ya hispanohablante y originaria de los estados vecinos; y cuyo problema territorial con Guatemala parece por fin en vías de solución.

De los detalles que se acaban de exponer es fácil deducir que el centro del problema regional sigue estando en Honduras, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Su inestabilidad se contagia a las zonas limítrofes, físicamente, como sucede en la frontera mejicana o beliceña, paso obligado de refugiados y sus problemas; o de forma abstracta generalizando una sensación de riesgo que contrae la economía regional y reduce su atractivo para la inversión exterior. Los problemas de estos Estados anulan los pocos avances realizados en el proceso de integración regional, impiden la generación de economías de escala y mantienen cautivos unos mercados ya de por sí paupérrimos.

Esta situación reduce las posibilidades de incorporarse al proceso globalizador que caracteriza nuestra época, y es origen de fenómenos curiosos cuyas consecuencias habrá que medir en un futuro, como la conversión masiva de ciudadanos al protestantismo a través de iglesias financiadas desde los EE UU o grupos in-

formales de carácter sectario que influyen en la política y en las relaciones sociales.

### **El fin de la guerra**

La transición de la región centroamericana hacia un período de estabilidad se inició con la firma de los acuerdos de paz en El Salvador (1992) y Guatemala (1997), y los sandinistas que ganan la guerra en Nicaragua (1989). Un largo período de transición que tuvo su punto culminante en los Acuerdos de Esquipulas, en 1987, donde los cinco presidentes centroamericanos se comprometieron a evitar el enfrentamiento armado con sus opositores y a garantizar el funcionamiento de regímenes democráticos.

El final de las guerras civiles se produjo por agotamiento de los contendientes, que luchaban en un escenario devastado, política, económica y socialmente. Además, el fin de la Guerra Fría privó a los movimientos guerrilleros de su apoyo y convirtió la paz de la región en una prioridad para los EE UU. Fruto de la confluencia de ambos factores, agotamiento endógeno y presión exógena, se alcanzaron acuerdos que paradójicamente no solventaban ninguno de los problemas de los estados concernidos.

Ni la propiedad de la tierra, tan a menudo invocada como causa última de algunos levantamientos guerrilleros, ni el problema indígena, allí donde existía, recibieron un tratamiento directo, sencillamente porque los largos años de guerra sólo habían servido para exacerbarlos. Y es que lejos de buscar orígenes concretos a los conflictos de la región, es necesario entenderlos como producto de desequilibrios estructurales vinculados, desde un punto de vista histórico, al proceso de independencia, período en el cual se gesta la extrema división política y social de la región.

Como en otras zonas de América Latina, el nacimiento de los nuevos Estados estuvo más vinculado a los intereses de clase de algunas minorías que a movimientos sociales de amplia base. En este marco la independencia supuso la ruptura del precario equilibrio social de la colonia, a favor de uno de los grupos dominantes, el criollo, generando más tarde y por oposición lo que se dio a conocer como problema indígena, tan acuciante en Guatemala; además la parcelación del poder en torno a intereses locales y altamente corporativos acabó trasladándose a la geografía política, dando lugar a numerosos Estados, pequeños, sin posibilidades

de desarrollo futuro individual y obligados a utilizar la fuerza de manera permanente para mantener los privilegios de sus mentores.

El primer acuerdo de paz fue el firmado en Nicaragua, pero su

---

*uno de los obstáculos más serios que debía superar la transición democrática era la sustitución de los gobiernos militares*

---

proceso de transición interna ha sido más largo por un hecho singular. Nicaragua es el único de los tres estados afectados por la guerra donde se ha producido un cambio de poder. El Movimiento Sandinista perdió las elecciones frente a la representante conservadora Violeta Chamorro, iniciando una fase de convivencia facilitado por la pérdida progresiva de prestigio sandinista.

El proceso de **El Salvador** ha sido el de mayor éxito, debido al fuerte apoyo norteamericano y europeo. Pero existen en ese país otros factores que facilitaron la transición a la normalidad. El primero la existencia de elecciones, a pesar de la guerra, desde 1982; el segundo la conversión de la guerri-

lla en un partido político sólido y unido (el FMLN, Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional), lo que ha simplificado el juego partidista y las negociaciones que aquel conlleva. Por último la reconstrucción de la economía se ha realizado en detrimento de la agricultura del café, reduciendo la importancia de la concentración de las tierras de producción y ofreciendo trabajo en otros sectores, entre ellos el manufacturero o maquila, cuya producción se dirige a los EE UU, a los antiguos campesinos sin propiedades.

Respecto a **Guatemala**, su transición democrática es la más frágil. La alta corrupción del Estado y la importancia que sigue teniendo el ejército en la política; la ausencia de una estructura de partidos bien configurada y la investigación de los crímenes cometidos durante la guerra auguran largos periodos de inestabilidad.

#### **Fin de los gobiernos militares.**

Uno de los obstáculos más serios que debía superar la transición democrática era la sustitución de los gobiernos militares o con fuerte influencia de unas fuerzas armadas extraordinariamente polarizadas. Por tanto la década de

los 90 del siglo pasado fue una década de transición y consolidación democrática todavía no concluida. La cercanía en el tiempo de la guerra civil y los abusos cometidos, casi 300.000 civiles asesinados en El Salvador y Guatemala, han complicado el proceso, lastrado por la búsqueda de fórmulas jurídicas capaces de proteger a antiguos cargos militares y políticos, al tiempo que intentaban garantizar derechos fundamentales e investigar abusos del pasado.

La transición más rápida se ha producido en **El Salvador**, tanto en términos políticos como militares. El ejército, sobredimensionado al final de la guerra, fue reducido a la mitad; los escuadrones de la muerte investigados, lo miembros de las fuerzas armadas involucrados en violaciones de derechos fundamentales injusticiados o apartados de la actividad. Y sobre todo, el ejército ha sido alejado de las funciones de gobierno que competen al poder civil. Por último se ha desarrollado una policía razonablemente eficiente, algo inusual en la región, con las excepciones de Costa Rica y Belice, que cuentan con cuerpos policiales modernos.

El caso de **Guatemala** fue y es distinto. La posición de las fuerzas

armadas era más sólida, entre otras razones porque de hecho habían alcanzado sus objetivos en la lucha antiguerrillera. Aceptaron cambios en los acuerdos de paz de 1996, pero de forma más comedida. Aun así vieron reducido su tamaño, se creó una policía civil, socavada por intromisiones del ejército; y se creó una Comisión de la Verdad para investigar los gravísimos crímenes cometidos durante la guerra. Pero el abandono del poder ha sido relativo. Siguen influyendo notablemente en la actividad política y se resisten a unas investigaciones cuyos

---

*las democracias  
centroamericanas, se  
enfrentan a su reto más  
importante, superar la  
ineficacia de la  
administración civil*

---

resultados han sido y serán comprometidos. Las principales organizaciones que trabajan en la exhumación de cadáveres y recopilación de datos han recibido amenazas y algunos de sus miembros han optado por abandonar el país.

Guatemala y Nicaragua iniciaron la transición con la ventaja de haber sido escenario de un menor

número de asesinatos y crímenes contra derechos fundamentales. En **Guatemala** fue la reducción drástica de la ayuda militar de los EE UU lo que aceleró el cambio de las fuerzas armadas, reducidas y profesionalizadas tras la supresión, bajo el mandato de Carlos Roberto Reina, del servicio militar obligatorio. Su sucesor, Carlos Flores incluso designó un civil como ministro de defensa.

Algo parecido ha sucedido en **Nicaragua**, donde el ejército, que en realidad era una prolongación, al terminar la guerra, del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ha sido resituado en el marco legal de la república como una institución despolitizada, subordinada a un ministerio de defensa dirigido por un civil y reducido a la mitad, 40.000 efectivos.

En todos los casos expuestos la transición democrática ha sido iniciada con el alejamiento de las fuerzas armadas del poder. El mayor o menor éxito de ese proceso está de hecho ligado a que ese alejamiento se haya o no consolidado. La democracia electoral se ha impuesto como fórmula de acceder al poder y sólo en el país cuya transición es más inestable y el ejército guarda más prerrogativas ha existido un intento de golpe de estado, en 1993 en Gua-

temala. Sin embargo la consolidación democrática exigirá esfuerzos mayores. De entrada debe ser aceptado que el final de las guerras civiles se ha producido gracias a la presión internacional y al agotamiento interno. Hasta qué punto ese agotamiento ha ido acompañado del convencimiento, de la creencia en una solución pactada, es algo todavía por dilucidar.

Por otra parte los nuevos regímenes no han pasado la gran prueba que supone la asunción del go-

das a veces a regañadientes, como traducción necesaria de aquella.

Por último la consolidación democrática exige una sociedad civil organizada y un sistema burocrático eficiente, además de una economía abierta y socialmente responsable. En estos capítulos los Estados analizados tienen fuertes carencias. Se trata, sin lugar a dudas, de Estados caracterizados por el mal gobierno y la corrupción.

#### Las deficiencias

Las democracias centroamericanas, de nuevo con la excepción de Belice y Costa Rica, se enfrentan a su reto más importante, superar la ineficacia de la administración civil; garantizar los derechos recogidos en sus constituciones y combatir la corrupción. Además afrontan la necesidad de ordenar un sistema económico viciado por la estrechez de mercados, falta de tejido industrial, escasa competencia y, sobre todo, ausencia de seguridad jurídica.

De todos ellos el más evidente a los ojos de los ciudadanos, y el más sangrante en sociedades muy empobrecidas, es la corrupción, que hace imposible alcanzar los demás objetivos. La violencia so-

---

*aunque los procesos de  
transición democrática en  
los Estados de la región han  
resultado un éxito notable,  
su consolidación está  
resultando bastante más  
difícil*

---

bierno por los partidos de izquierdas, todos en la oposición y todos vinculados a los antiguos grupos guerrilleros. Ese cambio no sólo tiene una dimensión legal y funcional, sino social, pues demostraría la asunción por las clases conservadoras de la realidad compleja de las sociedades en las que viven y la comprensión de las instituciones democráticas, acepta-

cial y los escándalos de todo género minan la credibilidad del sistema, muy afectado por la oleada de criminalidad generada tras el fin de las guerras por los numerosos excombatientes armados, sin trabajo o, sencillamente, anclados en una violencia difícil de abandonar. Las deportaciones de pandilleros desde EE UU han contribuido a agravar el problema. La expansión de las mafias narcotraficantes y su colusión con la pobreza general y las armas en circulación auguran un futuro sombrío.

En **Nicaragua** los escándalos de corrupción que afectaron al ex-presidente Arnoldo Alemán han dañado la credibilidad del Estado de tal manera que los donantes internacionales han llegado a suspender temporalmente las ayudas. La transferencia de bienes del Estado a miembros del FSLN antes de abandonar el poder han deteriorado además a la oposición, e indirectamente al buen funcionamiento del sistema político.

Por fin el año 2000 el descontento popular alcanzó cotas máximas cuando Alemán y Daniel Ortega, líder de la oposición, llegaron a un acuerdo que se tradujo en una seria modificación del sistema electoral para favorecer a los

grandes partidos, que fue interpretada como un reparto del poder. El acuerdo garantizaba también la inmunidad de ambos dirigentes, especialmente atractiva para Ortega tras las acusaciones de abuso sexual que terminaron por arruinar su imagen.

Situaciones de idéntica naturaleza se han vivido en los demás países. En **Honduras** fue la gestión de la crisis provocada por el Huracán Mitch, poco después de las acusaciones de corrupción vertidas sobre los dos grandes partidos, Nacional y Liberal, el punto álgido de descontento.

En **Guatemala** el grado de corrupción es de tal magnitud que las entidades financieras internacionales que elaboraron el plan de ayuda «stand by» han introducido controles extremos sobre las partidas financieras enviadas al país; responsables del gobierno de Alfonso Portillo han huido y la administración norteamericana ha restringido la concesión de visados a los dirigentes políticos o militares más implicados en los escándalos.

Mientras esto sucede, también **El Salvador** e incluso Costa Rica, con notables diferencias, han sido dañadas por prácticas corruptas; los problemas sociales y económicos siguen sin resolverse: el 80%

de la población es pobre en Guatemala y Nicaragua; el 70% en Honduras, casi el 50% en el Salvador; y cerca del 20% en Costa Rica.

### La salud democrática

Aunque los procesos de transición democrática en los Estados de la región han resultado un éxito notable, su consolidación está resultando bastante más difícil, pues ésta es producto de la combinación óptima de factores diversos. A grandes rasgos la consolidación democrática requiere Estados sólidos, una sociedad civil organizada, un sistema de partidos, una administración eficiente y una economía abierta. Los países centroamericanos reúnen mejor unos requisitos que otros.

Efectivamente se trata de Estados sólidos, a saber, su existencia no es puesta en duda por nadie, ni dentro ni fuera de la región; ni siquiera en el caso de Belice. Desde un punto de vista histórico están consolidados y su estructura interna no está socavada por grandes tensiones étnicas, salvo que consideremos como tales las deficiencias evidentes de la integración de las comunidades indígenas en el tejido de cada una de las

naciones concernidas. La sociedad civil es activa, genera opinión y está organizada en torno a la de-

---

*se trata de un sistema de  
partidos de notables, que  
canaliza la corrupción y el  
desgobierno en lugar de  
generar confianza y defender  
los intereses generales de las  
sociedades*

---

fensa de los derechos humanos, los derechos indígenas y la defensa de las libertades civiles, lo que ha asegurado hasta ahora un índice de participación electoral razonable. Las economías de la región son abiertas, aunque carecen de mecanismos de seguridad suficientes y gravitan sobre mercados paupérrimos y sistemas de ayuda social extremadamente limitados.

Sin embargo, la administración dista mucho de ser eficiente, y sin tal eficiencia es imposible recaudar impuestos, impartir justicia o combatir la corrupción; y el sistema de partidos es débil y atomizado. Se trata este último de un problema que está debilitando los fundamentos del sistema. Los partidos responden a intereses corporativos, no generales; son pequeños, por tanto contribuyen poco a la vertebración de los



Estados; y su capacidad de movilización de masas es muy reducida, incluso en el caso de los partidos de izquierda, para quienes la transición de la guerrilla a la vida política ha demostrado ser un calvario, como ha puesto de relieve la suerte traumática de los sandinistas en Nicaragua.

También es frecuente la desintegración de partidos una vez que han perdido el poder, es el caso, también en Nicaragua, de la Unión Nacional Opositora, cuyo líder fue Violeta Chamorro. Los sistemas presidenciales, que otorgan un poder personal elevado no han contribuido a reforzar los partidos, que se convierten en meras plataformas de apoyo a un candidato a la presidencia y pierden sentido una vez que la incompetencia, las dificultades económicas o la corrupción desvalorizan su figura central, como es el caso de los partidos guatemaltecos Movimiento de Acción Solidaria y Unión de Centro Nacional, disueltos tras detentar el poder. Incluso los partidos de la oposición, como el FMLN en El Salvador han acabado por dividirse ante las inevitables tensiones entre radicales y moderados.

La consecuencia directa de esta situación es evidente. Ningún partido dedica tiempo y esfuerzo a

consolidarse en la sociedad y no sólo en instancias de poder. La ausencia de partidos organizados dificulta el debate político y alienta el populismo en una carrera absurda por la presidencia de la nación, finalmente ejercida con contradicciones insalvables que degeneran en fracaso. Tampoco favorece esta situación la aparición de líderes competentes, formados en el partido y con experiencia política progresiva, capaces de generar confianza en el electorado. Los dirigentes políticos se crean y desaparecen en pocos meses o, a lo sumo unos pocos años, o pertenecen a una aristocracia económica o exguerrillera que hace innecesaria la creación de órganos partidistas elaborados. La participación electoral, ante la falta de alternativas, disminuye elección tras elección y la identificación del ciudadano con el partido se hace imposible cuando no está animada por intereses personales.

En definitiva se trata de un sistema de partidos de notables, clientelar, que canaliza la corrupción y el desgobierno en lugar de generar confianza y defender, aunque fuera con imperfecciones, los intereses generales de las sociedades afectadas. Una espiral que, tras el olvido de los años de guerra, bien podría incitar a mu-

chos a protagonizar acciones involucionistas o incluso violentas.

### El futuro

Además de padecer los problemas propios de cualquier región en vías de desarrollo, Centroamérica se enfrenta a problemas añadidos. Las reducidas dimensiones de los Estados de la región suponen de facto una marginalización adicional a la que tras el 11-S sufre el continente latinoamericano; lo reducido de los mercados y la pobreza de sus consumidores hacen difícil la iniciativa empresarial y reducen el atractivo que requieren las inversiones exteriores; y el fin de la guerra fría ha desactivado el único factor que garantizó la concesión de ayuda masiva, que tras los acuerdos de paz y el fin de la Unión Soviética se han convertido en flujos testimoniales.

Sin embargo la región centroamericana tiene una tradición integradora que no está del todo muerta, solo hay que recuperarla; algo menos trabajoso que partir de cero. El futuro pasa inevitablemente por la integración regional, económica y política. La primera no puede funcionar si paralelamente no se realizan reformas profundas en el sistema político de los Estados de la región.

Por otra parte la cercanía a los EE UU es una ventaja en potencia, dado que aumenta las posibilidades de incorporarse a las sinergias generadas por su economía. En todo caso, las remesas de los emigrantes allí instalados y el incipiente turismo son dos muestras de que unas relaciones fluidas con ese país deben ser un objetivo prioritario para todos los Estados de la zona; y una oportunidad para modificar la estructura comercial tradicional, a saber, exportación de materias primas e importación de bienes de consumo, máxime cuando la riqueza natural de la región tiene serias limitaciones: deforestación, escasez de tierras de cultivo, catástrofes naturales, entre otras.

El tamaño no es obstáculo para el desarrollo. Algunos países asiáticos lo han demostrado, incluso puede ser una ventaja; pero exige el concurso de toda la sociedad y la convicción de que el desarrollo es una prioridad, algo de lo que carece la clase política regional. El sistema político debe abandonar sus formas presidenciales, que, como en el resto de Latinoamérica, sólo ha permitido perpetuar una tendencia caudillista incompatible con una democracia sana. Los sistemas electorales deben primar la gobernabilidad, aunque vaya en detrimento de las posibi-

lidades de representación de pequeños colectivos.

Cauces paralelos deben permitir la manifestación de intereses marginales o minoritarios, pero sin afectar a la estabilidad esencial del Estado. En definitiva un salto cualitativo hacia el desarrollo exige un cambio de cultura política y cívica, que no se produce en poco tiempo, pero que no es inalcanzable para sociedades ideológicamente modernas. Semejante cambio cultural pasa inevitablemente por abandonar la tendencia a culpar a los demás de los males propios. España, los EE UU o el capitalismo explican algunas cosas, pero no el grado de deterioro en el que se han instalado la mayoría de las sociedades de la región. La presencia de dos democracias estables, Costa Rica y Belice debiera ser un acicate capaz de impulsar la transformación de Centroamérica y no sólo un ejemplo que pone de relieve con crudeza la incapacidad de muchos.

Una reforma política de este calado exigirá a su vez una reforma

más intensa de las fuerzas armadas. La conversión de la región en un corredor del narcotráfico colombiano en dirección a México y los EE UU exige una respuesta policial adecuada. Partiendo de un hecho elemental, el desarrollo de la región exige el fin de las tensiones militares entre Estados vecinos, es evidente que los ejércitos regionales deberían reducirse al mínimo, y que el proceso de integración debiera tener un componente militar que garantizase la coordinación de las fuerzas armadas centroamericanas. Al mismo tiempo hay que desarrollar los cuerpos policiales, incluso paramilitares, capaces de hacer frente a los nuevos riesgos con razonable éxito y con una mentalidad adecuada.

Sin abordar estos problemas difícilmente se abandonará la crisis permanente del espacio centroamericano. Y, como sucede en Argentina, son problemas de fondo que nadie, por falta de vertebración política o preeminencia de intereses corporativos, desea solventar. ■